

Capítulo 5

Brasil: una promesa cumplida

Por José Manuel Rodríguez de Castro

Consejero Económico y Comercial, Jefe de la Oficina Comercial de España en Brasilia

5.1. Introducción

Indudablemente Brasil está de moda. Y no sólo por haberse convertido en sede de la Copa del Mundo de Fútbol en 2014 y, más recientemente, en el primer país de América Latina que organizará unos Juegos Olímpicos. La positiva evolución económica de Brasil en los últimos años – en los que se han corregido los principales desequilibrios macroeconómicos, logrando además tasas de crecimiento notables y una reducción de las desigualdades sociales –, su buen desempeño ante la crisis mundial, su estabilidad política, su enorme mercado y sus ingentes recursos naturales son algunas de las razones que han convertido a este país en uno de los centros de atención de los inversores extranjeros.

En efecto, entre 2001 y 2008, Brasil atrajo más de 180.000 millones de dólares en Inversión Extranjera Directa (IED), siendo especialmente significativos los volúmenes registrados en los últimos ejercicios. Así en 2007 la IED alcanzó los 34.585 millones de dólares, superando ampliamente los 18.782 recibidos en 2006. En 2008, cuando los flujos globales de IDE cayeron un 15%, las inversiones recibidas por Brasil crecían un 30%, hasta alcanzar los 45.100 millones de dólares, cifras superiores incluso a las registradas durante el programa de privatizaciones de la década de los 90.

Con todo, si comparamos la reciente evolución económica de Brasil con la de otras economías emergentes de características similares, observamos que las cifras brasileñas pierden espectacularidad. En las siguientes líneas voy a intentar explicar qué es lo que hace de Brasil un mercado tan atractivo pero también las razones de su menor crecimiento relativo.

5.2.

Un largo camino recorrido.

La política desarrollada por el gobierno brasileño a lo largo de los últimos años podría calificarse como “cautelosa en lo económico y agresiva en lo social”.

En efecto, tanto el actual gobierno como el anterior, también bajo presidencia de Luiz Inacio Lula da Silva, han venido aplicando una ortodoxa política económica ya instrumentada en los tiempos de Fernando Henrique Cardoso – consistente en una rígida política monetaria de altísimos tipos de interés y una austera política fiscal generadora de superavit primarios – que han permitido corregir los principales desequilibrios de la economía brasileña – fundamentalmente, alta inflación, alto endeudamiento y balanza corriente deficitaria - ayudados, eso sí, por una favorable coyuntura internacional.

Simultáneamente ha desarrollado una serie de programas asistenciales de carácter redistributivo – como el programa Bolsa Familia – con el objetivo de reducir las enormes desigualdades sociales que hicieron de Brasil el paradigma de las economías duales, que llevó a que se acuñara el término Belindia para referirse a Brasil –al convivir en el mismo niveles de desarrollo propios de Bélgica con bolsas de pobreza similares a países como la India --. En este sentido, cabe afirmar que quizá el mayor acontecimiento producido en la economía brasileña en los últimos años sea la incorporación de millones de brasileños al mercado. En efecto, hoy por hoy más del 52% de la población se encuadra en el segmento de clase media¹, lo que resulta determinante para garantizar un crecimiento equilibrado y sin distorsiones a largo plazo.

Una vez alcanzada la estabilidad macroeconómica, lograda a costa de un crecimiento modesto y un volumen de inversiones públicas menor de lo necesario, el principal objetivo del gobierno, ya en el año 2007, pasó a ser precisamente dinamizar el crecimiento mediante un ambicioso programa de inversiones: El Programa de Aceleración del Crecimiento (PAC), que contempla inversiones en infraestructuras, medio ambiente y energía, fundamentalmente, además de un conjunto de propuestas legislativas destinadas a agilizar la economía y asegurar un ambiente seguro para las inversiones. Y ello sin dejar de mantener bajo control las variables más vulnerables de su economía: la inflación y las cuentas externas.

Es importante reseñar que el motor del crecimiento económico brasileño a partir de 2006 no ha sido el sector exterior, como ocurriera en años anteriores, sino la demanda interna, gracias al consumo de las familias, favorecido por el crecimiento de la renta – tanto por el aumento del empleo como por el crecimiento de los

¹ El concepto de “clase media” en Brasil no se corresponde exactamente con el que podemos entender en España. De acuerdo con los criterios de la Fundación Getulio Vargas, se considera “clase media” o clase C a las familias con ingresos mensuales comprendidos entre 1.115 y 4806 reales, esto es, 450 y 1.800 euros al mes, aproximadamente.

ingresos medios de los trabajadores - y la expansión del crédito; y la inversión, animada por la reducción progresiva de tipos y la confianza empresarial. Como decía, es importante este cambio porque es lo que explica que los primeros embates de la crisis apenas afectaran a la economía brasileña.

Con todo, y como no podía ser de otro modo, la crisis económica mundial más grave desde la depresión los años 30, también acabó afectando a Brasil. En efecto, el recrudecimiento de la crisis a partir de septiembre de 2008 provocó un brusco enfriamiento de la economía brasileña, poniendo fin a cinco años de crecimiento notable (una media de 4,8% anual entre 2004 y 2008).

Tras la quiebra de Lehman Brothers quedó cerrado el acceso a los mercados financieros internacionales, lo que se reflejó en una menor liquidez del sistema doméstico, que a su vez llevó a una reducción en el ritmo de crecimiento de los créditos concedidos, al tiempo que se encarecían y acortaban los plazos. Todo ello trajo consigo una contracción del consumo (-1,8% en el cuarto trimestre de 2008) y la inversión (-9,3% en el mismo periodo) – que, como se ha señalado, hasta ese momento habían constituido el motor del crecimiento económico brasileño -- y una ola inesperada de despidos.

A pesar de todo, y gracias a la expansión de la economía durante los primeros 9 meses del año, en 2008 el PIB creció un 5,1%, el mayor crecimiento de los últimos años, superado sólo por el 6,1% registrado en 2007 y el 5,7% alcanzado en 2004.

En el primer trimestre de 2009, el PIB registró una contracción de 1,8% en relación al mismo periodo de 2008, lo que unido al resultado del último trimestre del año anterior (-3,6%) significó la entrada de Brasil en recesión.

Para hacer frente a la crisis, el gobierno brasileño flexibilizó su política monetaria – a través de sucesivos recortes del encaje bancario y de los tipos de interés, que se han situado por primera vez en un solo dígito (8,75%), al tiempo que se garantizaba la liquidez del sistema a través de la potente banca pública - e instrumentó una política fiscal anticíclica, prestando especial atención a los sectores de la construcción y bienes de consumo duradero, los más vulnerables a la restricción del crédito y determinantes para asegurar el dinamismo de la demanda interna, dado su efecto arrastre y el importante volumen de mano de obra que emplean.

La positiva evolución de los principales indicadores económicos a partir del segundo trimestre de 2009 confirmó que lo peor de la crisis en Brasil ya habría pasado, a pesar de la ligera contracción del PIB, del orden del 0,2%, registrada para el conjunto del año.

En efecto, el PIB del segundo trimestre del año registró un crecimiento del 1,1% respecto al trimestre anterior, lo que permite afirmar que Brasil ha salido técnicamente de la recesión, sin que los fundamentos económicos de la economía brasileña se hayan visto afectados significativamente por la crisis. Las reservas internacionales hoy son mayores que antes de la crisis (238.000 millones de dólares); la situación fiscal es mejor que la media de los países del G-20 (el déficit a final de año se situará en el 3,2% del PIB); el sistema financiero nacional tiene el mismo nivel de capitalización que antes de septiembre de 2008, el desempleo también se sitúa a niveles pre-crisis (8%), y la inflación se encuentra por debajo del centro de la meta marcada por el gobierno (4,22% en los últimos doce meses).

La rápida recuperación que registra la economía brasileña ha sido propiciada por el consumo de las familias, que aumentó un 2,3% en el primer semestre del año, impulsado por el crecimiento de la masa salarial entre 4,5 y 5% por encima de la inflación, y el acceso al crédito en un contexto de inflación bajo control y menores tipos de interés. Las estimaciones de crecimiento para 2010 sitúan al PIB entorno al 5%.

A la luz de todo lo anterior, cabe afirmar que Brasil ha dado prueba de la gran solidez de su economía. Es muy significativa, en este sentido, la decisión adoptada por la agencia Moody's otorgando el grado inversión a Brasil en septiembre de 2009, cuando son todavía muchas las economías que no han tocado fondo, convirtiéndose en el primer país en lograr esa calificación en estos tiempos de crisis.

Pero como señalaba al comienzo, la solidez de su economía es sólo uno de los atractivos que explican el interés creciente de los inversores extranjeros en Brasil.

Otro de ellos es, sin duda, la estabilidad política. En efecto, Brasil es una democracia joven – algo más joven que la española – pero consolidada y con instituciones maduras. En este sentido, cabe afirmar que la tentación populista en la que cayeron otros gobiernos de la región no existe en Brasil. Y ello porque precisamente Lula personificó en su momento ese tipo de mensaje, lo que de hecho llevó a que, cuando accedió al poder, se produjera una salida significativa de capital extranjero. Con todo, la actuación del primer gobierno Lula dejó claro desde el principio su compromiso con la ortodoxia económica; algo que enseguida entendieron los inversores, que volvieron con más fuerza a apostar por Brasil. Así ha sido hasta ahora y, sin duda, así seguirá siendo, cualquiera que sea el resultado de las elecciones presidenciales de 2010. Se podría afirmar, por tanto, que la llegada de Lula al poder constituyó una verdadera “vacuna” contra las veleidades populistas en el país, además de un ejemplo de cómo se puede compatibilizar una política económica fiable con el compromiso social con los más desfavorecidos.

El tamaño del mercado brasileño es indudablemente otro gran atractivo para el inversor extranjero. Y es que Brasil constituye uno de los mayores mercados mundiales, con una población estimada de 190 millones de habitantes. Es cierto que no es ese el tamaño real del mercado brasileño, dada la desigual distribución de la riqueza (en junio de 2009 el índice de Gini se situaba en el 0,493), pero también lo es que las políticas sociales instrumentadas por el gobierno brasileño y la buena marcha de la economía están propiciando el ascenso de una nueva clase media en el país que va incorporándose gradualmente al mercado, ayudando a la consolidación de un auténtico mercado de masas.

Finalmente, cabe destacar la abundancia de recursos naturales como otro de los grandes atractivos de Brasil. Y ello por dos razones. Por un lado, porque sus innumerables riquezas son en sí mismas clave para muchos inversores. A modo de ejemplo, baste recordar que Brasil cuenta con el 22% de las tierras cultivables del planeta - es el principal exportador mundial de carne de pollo, soja o zumo de naranja -, que tras los recientes descubrimientos de petróleo en sus aguas territoriales, Brasil se convertirá en unos años en uno de los principales productores de crudo del mundo, que Brasil es la primera potencia en producción de etanol, uno de los mayores productores de hierro, estaño, bauxita, etc. Pero es que, además, esas riquezas han permitido el desarrollo de un importante y diversificado tejido industrial - Brasil es el cuarto exportador mundial de aeronaves comerciales, el quinto productor siderúrgico mundial, el sexto fabricante de automóviles, cuenta con la séptima industria química del mundo - con la consiguiente aparición de nuevas oportunidades de inversión en las industrias conexas.

En consecuencia, nos encontramos ante un mercado grande, rico, políticamente estable, con una solidez contrastada y unas perspectivas de crecimiento notables. Son ciertamente pocos los países que reúnen simultáneamente tantas ventajas.

5.3.

Un largo camino por recorrer.

Afirmaba el premio Nóbel de Economía, Paul Krugman, con ocasión de una conferencia impartida en Buenos Aires en octubre de este año, que si bien Brasil ha tenido un desempeño formidable durante la crisis global, continúa siendo más una esperanza que una certeza de crecimiento. Y ello porque todavía no se percibe en Brasil el tipo de crecimiento que existe en Asia.

Es cierto que considerado desde una perspectiva más amplia, el ritmo de crecimiento de Brasil ha sido discreto. En efecto, si nos fijamos en la evolución del PIB de los BRIC en los últimos años, observamos que Brasil ha sido el país que ha registrado menores aumentos. En este sentido, es muy significativo que tras

conocerse que el crecimiento del país durante el segundo trimestre de este año se situó, en términos anualizados, en el 8%, el Presidente del Banco Central alertara sobre la imposibilidad de mantener ese ritmo.

¿Por qué Brasil no puede crecer a un ritmo considerado “normal” en los otros BRIC? La explicación, en mi opinión, se encuentra en el llamado “coste Brasil”, término que se ha venido utilizando para designar una serie de factores internos, responsables por la menor competitividad de los bienes y servicios producidos en Brasil y que, en gran medida, son la consecuencia de un volumen de inversión, tanto pública como privada, claramente insuficiente.

Cuando se habla de “coste Brasil” se habla de infraestructuras energéticas y de transporte deficientes, se habla de un sistema impositivo muy complejo, de una oferta de financiación a largo plazo escasa y muy cara, de un mercado laboral excesivamente rígido y tuitivo, de un sistema educativo precario, y de una burocracia que ralentiza y encarece la economía.

Cabe recordar, en este sentido, que de acuerdo con el “Doing Business 2010” elaborado por el Banco Mundial, Brasil ocupa el puesto 126 de un total de 183 países analizados, lo que supone una caída de dos puestos respecto al año anterior. Este estudio analiza la facilidad para hacer negocios en cada país, de acuerdo con la normativa aplicada durante el ciclo de vida de la empresa. De esta forma, el ranking tiene en cuenta el plazo e inversión necesaria para la apertura y cierre de una empresa, las facilidades de comercio (interior y exterior), la contratación de trabajadores, la compra y construcción de la sede y el pago de impuestos.

Así, de acuerdo con el citado estudio, abrir un negocio en Brasil exige hasta 16 procedimientos o trámites diferentes, frente a los 9,5 procedimientos que se exigen de media en América Latina y Caribe, o los 5,7 necesarios en los países que integran la OCDE. Pero si constituir una sociedad en Brasil es un proceso relativamente lento y burocrático, lo que según las empresas presentes en el país resulta casi imposible es cerrarla. De hecho, Brasil se sitúa en el puesto 131 del ranking si se analiza exclusivamente la mayor o menor facilidad para cerrar un negocio.

Evidentemente, si la forma de entrar en el mercado es vía adquisición de una empresa ya establecida, el proceso burocrático se simplifica ligeramente. Con todo, en ese caso resulta imprescindible llevar a cabo una meticulosa “due diligence” fiscal y laboral. Fiscal porque, como se comenta más adelante, la complejidad del sistema tributario brasileño es difícil de exagerar, lo que hace que no resulte fácil cumplir con el Fisco del país y, por tanto, no es descartable que existan pendencies con Hacienda. Y laboral porque no son infrecuentes las reclamaciones “trabalhistas” de antiguos empleados de la empresa adquirida.

De todas las ineficiencias que constituyen el llamado “coste Brasil” quizá sea el sistema fiscal la mayor de todas. En efecto, Brasil cuenta un complejo sistema fiscal con diferentes tipos de tributos, de carácter federal, estadual y municipal, junto a otras cargas de carácter social. Para dar una idea de dicha complejidad, baste decir que en Brasil no existe un impuesto similar al IVA, sino cinco.

Además de esta diversidad tributaria, la complejidad del sistema radica en las constantes modificaciones de la normativa fiscal, que obligan al empresario a un continuo seguimiento legislativo, no solo en el ámbito federal, sino también de los 26 estados que integran la Federación, más el Distrito Federal, y los municipios en los que vaya a desarrollar su actividad. De acuerdo con un artículo publicado en el periódico “Folha de Sao Paulo” en mayo de 2006, en Brasil se produce una media de 55 cambios diarios en la normativa fiscal.

No es de extrañar, por tanto, que las empresas en Brasil tengan que dedicar 2.600 horas para hacer frente a las obligaciones tributarias, frente a las 385,2 horas necesarias como media en América Latina. Es el tiempo preciso para recopilar la información necesaria, hacer los cálculos, preparar los documentos y liquidar los impuestos. Y eso con independencia del nivel de presión fiscal, que en Brasil es ciertamente elevado (entorno al 36% del PIB), sobre todo teniendo en cuenta que dicha presión fiscal no se corresponde con el nivel de prestaciones sociales ni con la calidad de los servicios públicos recibidos.

El estado de las infraestructuras de transporte es, como ya se mencionó, otro de los factores que explica la menor competitividad brasileña. Aunque de acuerdo con el estudio del Banco Mundial, el número de días que se necesitan para “nacionalizar” una mercancía desde su llegada a un puerto brasileño es inferior al de la media en América Latina, no hay que olvidar en el caso brasileño el imponderable, bastante frecuente, de las huelgas de los inspectores de aduana. Baste decir a este respecto, que entre 2005 y 2007 se computaron 492 días de huelga en los puertos brasileños. Sólo en 2008 los puertos estuvieron parados más de un mes, lo que obligó a numerosas empresas a suspender su producción, ante la falta de los insumos importados precisos. Evitar este problema pasa por el establecimiento de stocks estratégicos, lo que se traduce en mayores costes para las empresas.

Con independencia de lo anterior, hay que señalar que los puertos brasileños son, probablemente, los principales cuellos de botella del comercio brasileño. Unos servicios de baja calidad, elevadas tarifas, largas filas de espera, exceso de burocracia e infraestructuras de acceso obsoletas e ineficientes sitúan a Brasil en el puesto 45 en el ranking internacional de eficacia portuaria, entre un total de 53 países, de acuerdo con un estudio elaborado por el Instituto PROCOMEX. En

este sentido, la prestigiosa Fundación Getulio Vargas ha estimado que el sistema aduanero actual de Brasil produce pérdidas anuales cercanas a los 2.500 millones de dólares.

Pero no son los puertos las únicas infraestructuras de transporte brasileñas que precisan de una profunda remodelación y modernización. Cabe referirse también a las carreteras, por las que circula el 60% de las mercancías del país. Pues bien, aunque Brasil cuenta con una de las redes de carreteras más extensas del mundo – entorno a 1,7 millones de kilómetros -, tan solo 165.000 están asfaltados y de estos un porcentaje muy bajo en buen estado. Así, de acuerdo con un estudio elaborado en 2007 por la brasileña Confederación Nacional de Transportes (CNT), de 87.592 kilómetros analizados, apenas el 26% podía considerarse de buena calidad. El deficiente estado de las carreteras se traduce en altos fletes que pueden llegar a suponer hasta el 60% del valor de la mercancía transportada.

Lo mismo puede decirse de la malla ferroviaria. Brasil cuenta con una red de unos 29.000 kilómetros, destinada casi en exclusiva al transporte de mercancías; muy lejos de los 52.000 kilómetros que, de acuerdo con la Asociación Nacional de los Transportes Ferroviarios (ANTF), necesitaría un país de dimensiones continentales como Brasil. Al problema de una dimensión insuficiente se une el del carácter fragmentario de la red. En efecto, todavía no existen líneas férreas que conecten el país norte – sur y este – oeste. Por otro lado, las condiciones de mantenimiento de las vías ferroviarias son precarias, el trazado de las líneas entre dos puntos iguales tiene un recorrido un 30% mayor de media que el de las carreteras y, frente a los 80 km/h de los trenes norteamericanos de carga, la velocidad media de los trenes es inferior a 30 km/h, entre otras razones por el exceso de pasos a nivel (según la ANTF, hay un paso cada 1,5 km, y en esos tramos la velocidad se reduce a 10 km/h).

A lo anterior se une la dedicación de la red al transporte a unos pocos productos. Sólo el mineral de hierro representa las tres cuartas partes de la mercancía transportada por ferrocarril, por lo que la evolución de la cotización de esa *commodity* de alguna forma determina la de la propia red ferroviaria.

Las deficiencias mencionadas en las infraestructuras de transporte brasileñas y su consiguiente efecto sobre la competitividad se reflejan muy claramente en el siguiente ejemplo. Mientras la soja brasileña, producida en el Mato Grosso y embarcada en el puerto de Paranaguá, alcanza en el puerto de Hamburgo los 40,5 dólares por tonelada, la americana, saliendo de Miniápolis, llega al puerto alemán con un precio de 26,3 dólares por tonelada.

También mencionaba más arriba la deficiencia de las infraestructuras energéticas, que quedó plasmada con todo rigor en el “apagón” de 2001, consecuencia de un periodo de escasez de lluvias, que puso de manifiesto dos importantes debilidades del sistema eléctrico del país, a saber, el excesivo peso en la matriz eléctrica brasileña de las centrales hidráulicas (más del 80%) y la falta de líneas de transmisión que conectaran los centros de generación con las principales áreas de consumo, lo que obligó a establecer restricciones en el consumo de energía en todo el país y a modificar en profundidad el sistema eléctrico brasileño.

Otra dificultad adicional a la que se enfrentan las empresas establecidas en Brasil es el de la financiación. Y es que puede afirmarse que en Brasil actualmente los bancos privados no ofrecen financiación a largo plazo. La mayor parte de los instrumentos o productos a disposición de las empresas tienen plazos cortos y un coste elevado, lo que obliga a acudir a la banca pública para financiar proyectos de inversión. En efecto, instrumentos como el “*desconto de duplicata*” – una especie de “factoring” sin cesión de riesgo – o la “*conta garantida*” – por la que se fija un techo de crédito para un periodo entre un año y 18 meses, con obligación de firmar un contrato cada vez que se haga uso del mismo – permiten exclusivamente el descuento de facturas o la financiación del circulante y ello a tipos muy elevados (entorno al 2,5% al mes en el primer caso y alrededor del 1,6% mensual en el segundo).

Es cierto, no obstante, que algunos bancos comienzan a ofrecer, si bien de forma todavía incipiente y muy selectiva, líneas para financiar la adquisición de empresas, con plazos de hasta 3 años y tipos anuales del 14%.

Ante este panorama, no queda otra opción que la banca pública. En este sentido hay que destacar el papel determinante que está jugando el Banco Nacional de Desarrollo (BNDES), el “mega” ICO brasileño. Se puede afirmar que cualquier proyecto de inversión en Brasil pasa por esta institución. Aunque no es posible explicar aquí las numerosas líneas que ofrece, sí conviene reseñar las más importantes. El BNDES cuenta con una línea (FINAME) para la adquisición de bienes de equipo que dependiendo de volumen de financiación (más o menos de 10 millones de reales) se negocia directamente con el BNDES o con bancos intermediarios (llamados *repasadores* en Brasil), al no contar aquel con red de agencias. El coste de la financiación es parecido en ambos casos, en torno al 9% anual.

El problema es que las empresas brasileñas de capital extranjero sólo pueden lograr las mejores condiciones de financiación ofrecidas por el BNDES si su sector de actividad es considerado de “alto interés nacional”, de acuerdo con lo dispuesto en el Decreto 2233, de 1997. Esto puede llevar a que, en caso de que el sector

de actividad de una empresa no esté incluido en el citado Decreto, la filial que se constituya en Brasil no podrá acceder a la financiación en mejores condiciones del BNDES, lo que es especialmente preocupante si tenemos en cuenta que los competidores nacionales sí podrán beneficiarse de esas condiciones.

La financiación de proyectos también pasa necesariamente por el BNDES – como saben muy bien las empresas españolas que han logrado en Brasil adjudicaciones de concesiones para la construcción y operación de líneas de transmisión o de carreteras, como ABENGOA, CYMI, COBRA, ELEC NOR, ISOLUX-CORSAN, OHL o ACCIONA -. Las condiciones de financiación suelen ser de hasta 12 años y un coste referenciado al TJLP² más la remuneración del BNDES más una tasa de riesgo, lo que supone un tipo de interés anual entorno al 10-12%. El imprescindible “crédito puente” – dado el plazo de entre un año y 18 meses para que el BNDES apruebe la operación – sí se contrata con la banca privada, con un coste entorno al 11% (CDI más un 3-6%).

Además, del BNDES, existen otros bancos públicos que ofrecen financiación a largo plazo – incluso hasta 20 años -, como el Banco del Nordeste (BNB) o la Caixa Económica Federal. En este sentido puede afirmarse que la gran presencia de la banca pública en el largo plazo constituye un obstáculo para que la banca privada desarrolle líneas de financiación a ese plazo.

Las autoridades brasileñas son perfectamente conscientes de las deficiencias y estrangulamientos mencionados –burocracia, complejo sistema fiscal, deficientes infraestructuras energéticas y de transporte o limitada financiación a largo plazo-. Por ello han emprendido diferentes iniciativas que, de materializarse, ayudarán a resolver o atenuar dichos problemas a medio plazo.

Así, el proceso de creación y cierre de empresas debería simplificarse una vez se apruebe el proyecto de Ley nº 431/2009, actualmente en tramitación en las Cámaras Federales. Igualmente, cabe hacer mención a la propuesta de reforma tributaria presentada por el gobierno hace más de un año que, sin la envergadura de una reforma profunda, sí introduce algunos cambios relevantes, como cierta simplificación del sistema fiscal actual, la unificación del ICMS –principal fuente de recaudación de los gobiernos estatales– con el fin de acabar con la guerra fiscal entre Estados, o la creación de un IVA federal, que debe unificar hasta cinco tributos.

También es reseñable la constitución de un Grupo de Facilitación del Comercio, en el seno de la Cámara de Comercio Exterior de Brasil (CAMEX) - Comisión Interministerial que se ocupa de diferentes aspectos del control del comercio exterior -, cuyo objetivo es simplificar los trámites administrativos en el control del comercio exterior.

² Tasa de Juros de Longo Prazo.

Hay que decir, no obstante, que las posibilidades reales de que cualquiera de las tres iniciativas mencionadas llegue a buen puerto en el corto plazo (léase, en esta legislatura) son remotas, dada la cercanía de las elecciones presidenciales y la consiguiente paralización de la actividad en las Cámaras, especialmente cuando se trata de asuntos espinosos y con diferentes intereses enfrentados, como la reforma fiscal.

Con todo, en otros ámbitos sí se están dando pasos importantes. El PAC, ya mencionado, sí está ayudando a corregir las deficiencias en el sector energético e infraestructuras. Y no sólo mediante el impulso de grandes proyectos, sino también gracias a la modificación de las condiciones de licitación que ha traído consigo, que están garantizando la participación efectiva de empresas extranjeras – gracias a la modificación de las ratios económico-financieras exigidas para poder licitar – lo que se ha traducido en más competencia y menor coste de los proyectos. Otra novedad importante introducida en los últimos años es la llamada “inversión de fases”, que ha propiciado una simplificación significativa del proceso licitatorio. De acuerdo con este sistema, la empresa o consorcio ganador se elige atendiendo exclusivamente a su propuesta económica, de forma que sólo se analiza la habilitación técnica de dicha oferta.

En el ámbito de la financiación a largo plazo cabe mencionar la creación de la Letra Financiera, una de las trece medidas incluidas en el paquete de estímulo económico anunciado por el gobierno a principios de diciembre de 2009. Con este instrumento se permitirá a los bancos privados emitir “papel” a cinco años o más, lo que deberá facilitar la financiación a largo plazo.

5.4.

Conclusión

Cabe afirmar que, hoy por hoy, Brasil ha dejado de ser un país con un enorme potencial para convertirse en una realidad sólida gracias, en gran medida, a la política económica responsable instrumentada por los sucesivos gobiernos brasileños desde mediados de los 90. La rápida salida de la crisis económica y las buenas perspectivas que ofrece su dinámico mercado interno podrían convertir a Brasil en 2016 en la quinta economía mundial.

Con todo, conviene que las autoridades brasileñas no caigan en el triunfalismo porque, si bien es notable el camino recorrido, son también importantes las tareas todavía pendientes, tal y como he intentado explicar en las líneas anteriores. Sería una lástima que los buenos resultados que acumula Brasil en los últimos tiempos sirvieran, no de acicate para emprender las reformas necesarias, sino de argumento para justificar el mantenimiento del statu quo.

Así debe entenderlo también el inversor español interesado en el mercado brasileño. Brasil ofrece enormes oportunidades pero no es un mercado exento de dificultades. Por eso, dada la complejidad del mercado brasileño, es conveniente que la empresa española acometa su “aventura” brasileña de la mano de un socio local. Para hacer frente a algunos de los problemas mencionados, como la burocracia, no habrá más remedio que tener paciencia; otros, como los relacionados con el sistema fiscal y laboral, pueden solventarse con una adecuada asesoría fiscal y laboral.

Finalmente, conviene no olvidar que si bien Brasil es geográficamente América Latina, es diferente del resto de países latinoamericanos – algo que los propios brasileños tienen muy claro -, y que la proximidad cultural, que sin duda existe, no debe confundirse con identidad cultural, como acaso pudiera pensarse en un primer momento – la multitud de “falsos amigos” en la lengua portuguesa es sólo un ejemplo de lo que quiero decir -.

Dicho esto, no quiero terminar sin dejar de subrayar que las grandes posibilidades que ofrece el mercado brasileño compensan con mucho las dificultades que, sin duda, las empresas deberán enfrentar para hacerse un hueco en este país: país con un brillante presente y un futuro prometedor.